

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

[Tip. de Dublán.



LA EMBOSCADA.—OLEO DE JULIO RUELAS, ADQUIRIDO POR EL SR. LIC. ALONSO FERNÁNDEZ.



J. RVELAS 901

## HIMNO A LEON BLOY.

Bienaventurado el que piensa  
en el pobre: en el día malo  
lo librará Jehová.  
SALMOS, 41.

Lámpara del exegeta;  
Oleo viril del atleta;  
Lira de oro del poeta!

Los relámpagos de sangre de tus prosas iluminan  
El tropel de águilas negras que en su larga noche van;  
Hay granizos que lapidan, hay centellas que fulminan  
En las iras de tu verbo donde truena el huracán! . . . .

Oh látigo del beluario!  
Peregrino del osario;  
Saeta del sagitario!

Arrebata sus serpientes á Gorgona y á las furias  
Y blandidas por tu diestra como un haz flagelador  
Que sollozen las maldades y que ululen las Lujurias  
Azotadas por tu rabia de implacable vengador!

Flor de lis del proxeneta;  
Agua clara del asceta;  
Clarín aúreo del profeta!

Eres águila surgiendo del plumón de una paloma,  
Es el blanco Paracleto quien inspira tu furor  
Y por eso entre fragancias pavoroso, tu cdio asoma  
Cual león rugiente y negro bajo de un rosal en flor!

Oh flagelo del suplicio!  
Crin y acero del cilicio!  
Luminar del santo oficio!

Que á tus trágicas hogueras y á tus rojas guillotinas  
Del burgués y la hetaira llegue el pálido tropel,  
Que el traidor sucumba al fuego de tus cóleras divinas!  
Que los réprobos naufraguen en los mares de tu hiel!

Oh brava espada: pelea!  
Incendia: divina tea!  
Hacha incansable: golpea!

Pobres ojos empañados que no ven en tu exegésis;  
Que son lámparas extintas ante el rostro de Jesús! . . . .  
Miserables de los sordos á tu airada parenésis  
Cuyos senos no temblaron al abrazo de la Cruz!

Cruz de hierro del templario;  
Oliban del incensario;  
Ventanal en el sagrario;

Oh gigante! con montañas cargarás tu catapulta  
Y tu fronda y tus arietes formidables crujirán  
Cuando pávida contemple la canalla que te insulta  
En el cielo la tormenta y á sus plantas el volcán.

Lucha, hiere y en la meta del cantar en que te ensalzo  
Oh verdugo inexorable! Oh profeta del Amor!  
Aparece en el sangriento pedestal de tu cadalso  
Como un Dios de represalia, de venganza y de pavor!

JOSÉ JUAN TABLADA.



## WILLIAM SHAKESPEARE.

OTELO.—IAGO.—DESDÉMONA.



El querido amigo Eduardo Herrera tuvo la benevolencia de dedicarme un estudio precioso y erudito que ha publicado el *Siglo XIX* sobre el *Sueño de una Noche de Verano*. Atiza mi buen amigo la ardiente lámpara que vigilante conserva en el altar de Shakespeare; renueva en mí propósitos pasados de escribir cuanto pienso y cuanto siento del trágico britano; intentos de reunir y revisar lo que ya tengo escrito y publicado acerca de no pocas obras del excelso poeta; anhelos de seguir por esa senda, deteniéndome á admirar cada uno de los dramas que tan maravillosamente construyó con pentélicos mármoles; impetus, en suma, no de hacer el análisis, la crítica, de esos monumentos perdurables de la literatura, pero sí de expresar largamente el efecto que me producen, los estímulos que me avivan, los sentimientos que me encienden, los recuerdos que me dejan.

¡Ah, si tuviera la entrada franca de que disfruta el Sr. Herrera en el idioma inglés, y que le permite registrar hasta sus más secretos recodos y escondrijos! ¡Si tuviera la competencia que tiene él para juzgar á Shakespeare! Pero carezco de tales privilegios y por eso me arredro.

Se entra con miedo al estudio de Shakespeare como quien por primera vez entra en el bote para cruzar el Océano. Con nada puede compararse tan propiamente el trágico inglés como con el mar. Co-

mo él tiene perlas y como él tiene monstruos. Como él copia, en sus noches de calma, los innúmeros astros, y como él se levanta, enfurecido, en formidables impetus.

Sentimos en sus dramas que la inmensidad nos abruma como si navegáramos en alta mar. Es entre los trágicos lo que era la fuerza entre los mitos. Se asemeja á Esquilo y también se asemeja á Rabelais. Sus carcajadas son de semidios homérico y sus imprecaciones desesperadas son de Job. Nada humano le es extraño, como no lo era para el hombre de Terencio. Esquilo no sabía reír; Rabelais no sabía llorar: Shakespeare aterra como el uno y ridiculiza y befa como el otro. Cuando asciende al ideal, es la más alta cima; cuando baja á las profundidades recónditas de la observación, es la mina más profunda.

Su corona está hecha de diamantes arrancados y de estrellas desprendidas. Todo el drama está en él, como estaba todo el universo en la gran nebulosa. Visto fuera de su obra, como creador omnipotente é impasible, es un dios; visto en sus personajes, es la Humanidad. Su altitud fatiga, desespera á veces, como fatiga y desespera la ascensión á una montaña cuya cúspide es casi inaccesible. Se llega á Eurípides, se llega á Sófocles, se llega al talón de Esquilo, se llega á la rodilla de Aristófanes: no se llega á Shakespeare.—¡Está más alto!—nos dice Molière.—Más arriba—nos dice Calderón. Como el gigante de la balada huguiana, puedo bien exclamar:

Je combattais l'orage et ma bruyante haleine  
Dans leur vol anguleux éteignait les éclairs;  
Ou, joyeux devant moi chassant quelque baleine,  
L'Océan á mes pas ouvrait sa vaste plaine  
Et mieux que l'ouragan mes jeux troublaient les mers.

Entre sus grandes antepasados, unos son dioses creadores olímpicos, serenos; otros son hombres que gozan y sufren, como gozamos y sufrimos. Sólo Shakespeare es dios y hombre. Está á nuestro lado y está muy arriba de nosotros. Se nada en su obra colosal sin encontrar la orilla. Se le ama, pidiéndole perdón. ¡Y qué buzos los que han bajado á sus profundidades!

Todos los grandes entendimientos, todas las grandes ambiciones van á él, como ríos caudalosos á la mar. Este, halla perlas; ese, corales; aquél, se ahoga; pero el tesoro inmenso no se agota. Le vemos en esta de sus fases ó en esta otra, como los griegos veían á Dios, ya arrastrado por caballos marinos, en la cerúlea superficie, bajo la forma de Poséidon; ya rigiendo en la selva las energías de la savia bajo la forma de Pan. Cada crítico levanta un templo al dios, para honrarle en una de sus primacías, en una de sus excelencias, en una de sus formas; pero el Dios en su verdadera, total y única substancia, no ha sido visto por ninguno. Víctor Hugo lo entrevió en uno de sus éxtasis supremos; y cayó de rodillas y sus labios sólo pudieron balbutir una oración.

Al perderse en la obra de Shakespeare se experimenta vago terror, como si la noche nos sorprendiera en un bosque intrincado. Hay estrellas en el cielo: Ofelia, Julieta, Desdémona, Cordelia, Perdita. . . . . Hay buenas hadas que se hacen collares con las gotas de rocío y carruajes con la cáscara de las avellanas. Puck, el buen Robin, retoza con Chicharillo, y travesando, desnata la leche, desajusta el molinillo, evita que la cerveza espume, tropieza con los labios de la vieja que apura el jarro y hace que se derrame la bebida; se interpone de súbito entre las bocas trémulas de los enamorados que se besan, y asusta con sus trápalas á los mozos y mozas del lugar.

Oberon y Titania se abrazan á la sombra de un no me olvides. Grano de Mostaza recoge velloritas espigadas y Ariel trenza hilos de perlas con la luz de la luna. Pero duendes y trasgos picarescos, hadas gentiles y bondadosos geniecillos, no son pobladores únicos del bosque.

Tras el caduco tronco de una encina, chispean, como ojos de jaguar, las pupilas de Otelo. Rozan nuestra cabeza las alas de murciélago de Caliban. Oímos chocar en el aire los palos de escoba en que montan las brujas de Macbeth; hervir en la eriaza la marmita hechiceresca y brincar á los sapos entre ortigas. El espectro del padre Hamlet, clamando venganza, camina á la plataforma de Elsenor. Las sombras van escondiendo sus puñales, al lecho de Ricardo III; Lady Macbeth vaga insepulta con su fatídica lámpara en la mano. Es verdad que Falstaff ríe, que Ofelia gorjea, que Desdémona canta, que Julieta curruca, pero también Shylock gruñe, Iago grazna, Gloster ulula, Otelo ruge. En esta selva del teatro shakespeariano hay cosas espantables que hielan la sangre y que erizan el cabello.

Tiene alondras y tigres, ruiseñores y brujas enamorados y asesinos. ¿Qué fuerza la de este genio que tan bien se hace amar como temer; que ora es rendido trovador y ora implacable justiciero? No hay para él regiones desconocidas. Es un viajero que está de vuelta de todos los países. No sólo vivirá siempre: en todos los tiempos ha vivido. No sólo crea: reanima y resucita. El historiador reconstruye laboriosamente una figura, dato á dato, con pedazos de viejos cronicones, con hojas de anales, con páginas de memorias: Shakespeare pone la mano sobre el mármol de la tumba, exclama: ¡Surge! y la estatua yacente cae volcada, la lápida se alza y el héroe muerto se levanta. Así, al poder de su conjuro, aparecieron en la escena Coriolano, Julio César, Ricardo III, el rey Juan, Enrique IV. Son ellos, con sus propias ideas, con sus mismas pasiones, con su lenguaje peculiar. Y Shakespeare no es su poeta: es su contemporáneo. Antes que Michelet, el trágico britano, había comprendido que «la historia es una resurrección.» Antes que Macaulay, había aplicado los procedimientos de la anatomía comparada á la reconstrucción de

las grandes personalidades humanas. Antes que los corifeos de la moderna escuela histórica, había dado tanta importancia al pueblo como al héroe.

Los historiadores de su época eran simples analistas: él, poeta, era un supremo historiador. Esta maravillosa adivinación, esta videncia extraordinaria, sólo pueden explicarse con la frase de un tribuno insigne: «Los poetas son como las alondras: ven la luz antes que los demás.» Ni el pasado misterioso, ni el porvenir, secretos tienen para él. Creemos haber encontrado una forma nueva para expresar los éxtasis del amor, el torcedor de la ambición, los arrebatos de los celos; y si es exacta, si es verdadera, si es humana, está en Shakespeare, está en el balcón de Julieta, en el palacio de Macbeth ó en la alcoba de Desdémona.

Aquel hombre nos saqueó el porvenir. Porque mientras la humanidad exista, las grandes pasiones serán siempre iguales, y él domó á todas, y á todas ellas nos presenta, como á monstruos enormes, en esas jaulas de bronce que llamamos sus tragedias. Shakespeare es sublimemente vulgar. Eso que murmura Julieta, es lo que nos dice nuestra Amada al despedirnos de ella. Eso que rumia Shylock, es lo que rumia el usurero al prestarnos algunas monedas. Nada más vulgar que un ¡te amo! y un ¡me muero! y en esa frase están todos los idilios y en ésta todas las tragedias. No creo que en ningún otro poeta haya cabido tanta humanidad como en Shakespeare. Mi admiración, excesiva acaso, podía pronunciar el nombre de Víctor Hugo; pero en Shakespeare está la humanidad; en Víctor Hugo están la humanidad y él. El con su tradición, con sus pasiones, con sus amores, con sus odios. Toma á los personajes que le sirven para encarnar una idea suya. Habla en ellos. Su gigantesca voz resuena siempre, como la del Océano cuyos tumbos se escuchan aun antes de que aparezca á nuestros ojos. Shakespeare, es impersonal. Una vez concluida, se aleja de su obra, como Dios de la creación. Ya ha dado leyes á sus criaturas; que luego obren por sí solas. Y no aparece, no habla ni filosofa en el curso del drama: está en él; pero como el cielo, muy arriba.

A mí me atrae el estudio de Shakespeare, como atrae el mar. Bien sé que en mi frágil barca de vela latina, en mi barca construida para que en ella cante barcarolas á muy corta distancia de la playa, voy á perderme en esa inmensidad. Y sin embargo, me aventuro con la audacia de quien no sabe todavía lo que es la alta mar. Pero este grave estudio desespera. Miro á Hamlet, lo observo, creo haberlo visto, haberlo escuchado, haberlo comprendido, que ya es mio, y al volver la hoja al día siguiente, me encuentro con otro Hamlet que ni siquiera conocía.

Un nuevo crítico me lo describe, una nueva frase me lo revela. Y así siempre. ¡Pero imposible separarse de Shakespeare! Unas veces nos tiene entre sus brazos y otras entre sus garras. Ya nos ata con lianas, ya nos sujeta con sus uñas. Nos sentimos humillados, y, no obstante, lo admiramos. A ocasiones, es el canto de un ruiseñor extraordinario y lo oímos extasiados como el monje Alfeo al ave del Paraíso. ¡Oh, qué suavidad! ¡Oh, qué dulzura! ¡Oh, qué ternura! Tiemblan de voluptuosidad las hojas nuevas; una alondra se columpia en la escala de seda por donde Romeo acaba de subir; inunda el bosque, parecido á la nave de una catedral gigantesca, un inmenso himno nupcial; las palomas juntan sus cuerpos blancos y sus picos color de rosa, Ofelia pasa recostada en los almohadones de encaje que le forma la espuma del arroyo: se inclina el sauce, no para humedecer sus ramas en el agua, sino para escuchar mejor la canción de la blanca Desdémona; los cristales de la ventana gótica se ruborizan al sentirse tocados por la aurora, como la mejilla de una virgen besada tímidamente por su amante; se sienten besos que no se oyen; se ven almas de niños en el alba, y se dice temblando:—¡que no acabe! ¡que no se extinga! esta melodía tan voluptuosamente casta! que suenen siempre esas palabras tiernas que son las que anhelamos suspirar al oído de la mujer á quien queremos! ¡un minuto! ¡un instante! ¡que no acabe! Y luego el follaje chasca como si una fiera oculta brincara de repente.

La nuca presiente la mordida del tigre. El corazón retrocede encogiéndose como un cazador sorprendido! He ahí el drama! Y las manos de Shakespeare son tenazas que caen sobre nuestros hombros, y caemos. ¡Oh, qué terror! La hermosa joven muerta, tendida para siempre sobre el mármol; la mujer que traiciona; el padre, triste y errabundo, abandonado por sus hijas; el niño estrangulado en su cuna; la mancha de sangre, que jamás se desvanece, en la mano de Lady Macbeth; las brujas que salmodian en el aire su canto diabólico: ¡lo horrible es lo hermoso! ¡lo hermoso es lo horrible! ¡todo lo monstruoso! todo lo malo, todo lo deforme, ventreando, arrastrándose ó irguiéndose; todo el dolor que nos aguarda en esta vida, alzándose y diciéndonos: ¡aquí estoy! y más allá, tras los oscuros lindes de esa comarca de donde nadie ha regresado, envuelta en la azul obscuridad de la luz hiperbórea, lo desconocido, lo infinito, y Hamlet pensativo, contemplándolo sin poder arrancarle su secreto. Shakespeare es entonces brutal.

Nos estruja, nos golpea, remueve la daga en la herida, aprieta nuestro cuello; es el feroz burgrave clavando cien y cien veces su puñal en el pecho de la esposa culpable; nos sentimos suyos, como la paloma del milano; como la oveja del boa; como el niño del oso que lo ahoga; queremos correr y nos sentimos con raíces y trémulos, é imprecantes murmuramos: ¡Piedad! ¡Perdón! ¡Ya no! ¡Ya no! Oíd el «Otelo» representado por Salvini ó por Rossi. El terror que se siente es el terror del árbol que no puede correr. ¿Quién ha hecho cantar ó rugir de esta manera, como en órgano colosal, todas las pasiones humanas? ¿Quién nos conoce como Shakespeare nos conoció? Cuando lo estudio, acércome á él con religioso respeto, como se acerca el levita al velado tabernáculo. Parece que me acerco á un juez. Su mirada entra en mi cuerpo y da en el alma. Nada digo, porque adivino que ha de contestarme: ya lo sé! Me siento descubierto, aprehendido, y todo lo malo que hay en mí se arrebuja y esconde como si quisiera librarse

de ser visto. Así se esconde el robo en la manga del ladrón. Así se bajan los párpados ante el que ya conoce nuestra culpa. Pero seamos audaces. La vela latina de mi frágil barca se destaca sobre el azul del horizonte. Naveguemos algunas brazas en el mar, y sirvan de preámbulo estas líneas á lo que me propongo escribir más tarde sobre Shakespeare.

Otelo es el más soberbio león del teatro shakespeariano. Sentimos al encontrarnos con él, lo que el niño al dar con un lobo en lo más intrincado de la selva. Pero la fiera altiva y desdeñosa, pasa sin hacernos daño. Sólo azuzada, provocada, herida, sacude la melena, encaja la garra, hunde el colmillo.

¡Qué hermoso es este monstruo! No posee la hermosura vulgar, la que todos comprenden, sino la arcaica, la recóndita; no la que surge coqueta de la espuma del mar, con un espejo en la mano, sino aquella á que es preciso descender por torcidas y tenebrosas galerías, llevando en la mano una linterna sorda. Es bello, porque es bello el valor, porque es bella la gloria, porque es bello el triunfo. Un himno guerrero acompaña su voz, como el sonido de la flauta acompañaba las palabras de algunos oradores griegos. No enamora á Desdémona: la conquista. No es ella su amada: es su presa. La abraza como el mar abraza á la tierra. La posee como el sol posee á la nieve que sus rayos deshacen. Casi no cuenta sus hazañas: aparece, y las adivinamos. Se reflejan en su corazón de plata y en sus pupilas llameantes. Desdémona las sabe y su amor nos las dice al oído en voz muy baja.

En «Romeo y Julieta» hay pájaros que cantan; en «Hamlet» hay buhos que aletean; en «Otelo» hay bestias feroces que luchan y se desgarran las entrañas en la arena candente del desierto. Aquel hercúleo molde humano va á recibir, como chorro de bronce derretido, la más horrible de todas las pasiones: los celos. Necesitaba ser tan fuerte y recio, para no romperse y saltar en añicos. Para eso alumbró su cuna el sol de Africa, para eso endurecieron su corteza carnal las tempestades en el Océano y las batallas en la tierra. La vida lo preparó como una sabia domadora, para esta lucha con el más indómito de los monstruos.

Llega este drama á la escena, como una flota empavesada al puerto. La luz de la montaña, alumbrando lanzas, cascos, banderas, olas que llegan á la proa de los navíos y se arrodillan ante el vencedor. Los niños cantan un himno triunfal; las mujeres corren al encuentro de sus amantes; los viejos sienten que, al agudo toque del clarín, despiertan y se levantan en sus almas glorias muertas. Otelo, no viene á la escena por su propia voluntad; el mar lo arroja.

Después, toda esa pompa desaparece. El drama se va ennegreciendo como el cielo cuando sube la noche de los abismos á los montes y de los montes al espacio. Ya no ondula el raso de los trajes venecianos; ya no hechizan los ojos la púrpura y el armiño de los mantos. Otelo queda solo, como una sombra más intensa y más negra entre las sombras.

Consideremos brevemente las tres figuras que van á destacarse sobre el lienzo obscuro. Desdémona es la blanca. Parece una paloma que no encontró su nido y que vuela perdida en medio de la noche. Ninguna otra figura de mujer, en el teatro de Shakespeare, tiene el encanto místico de ésta. Se va de la casa de su padre, porque el amor se la lleva. No resiste, como la barca del pescador no resiste á la ola que la empuja, ni el pétalo de rosa á la ráfaga de aire que lo arranca. El amor la besa en los ojos y ella le dice como obediente virgen: soy tu esclava! Es el señor ausente que ha venido. Allí está su sillón, la copa servida, el lecho preparado. Como la bíblica Ruth, dice á su esposo: «tu pueblo es mi pueblo, tu Dios es mi Dios; allí donde tú mueras, moriré yo; y allí donde te entierren, quedaré enterrada.» Es una niña enamorada de los cuentos. Otelo la cautiva refiriéndole los peligros que ha corrido. Y todavía en su última noche, Emilia, como nodriza cariñosa, le narra cuentos y la arrulla con canciones. No conoce la vida: va á conocer la muerte nada más. Cuando expire, se la llevarán los ángeles entre sus blancos almohadones, como en una cuna. Está unida á aquel soberbio guerrero, que es el hombre en su expresión más alta, y parece una virgen. Cuando habla con Casio, creemos que va á decirle: jugaremos juntos. Cuando se acerca á Otelo tiene la mirada de la niña que no quiere entrar sola á un tenebroso corredor y que dice muy tímida: acompáñame! Sin impuros deseos la vemos desvestirse, desatar sus trenzas, y entrar al lecho que no parece nupcial, sino de novia. Tiene miedo y reza á la virgen para que la cuide. ¿Miedo á qué? No ha hecho daño á ninguno, pero siente ese miedo vago de los niños al ladrón, al aparecido, al ogro de los cuentos. Sencilla y cándida, quiere volver á ver su blanco traje de novia, y se duerme con él, como una niña con su muñeca. Su amor es tan quieto, que Otelo la encuentra ya dormida.

¡Qué tranquilo es su sueño! Le cierra suavemente los párpados y le dice á la muerte: «¡hermana, aquí está ya!» Lo que va á pasar después es una pesadilla de que despertará en el cielo. Pesadilla, esto es, algo que no es, que no puede ser, algo que se ríe uno cuando lo recuerda ya despierto. ¡Amar á otro...! ¡Qué sueño tan absurdo! ¿Se puede amar á otro que no sea el esposo? ¡Morir á manos de Otelo...! ¿Matan acaso los que aman? Desdémona se reirá en el cielo de este sueño. Ahora está dormida; suave respiración mueve sus senos; su brazo blanco cae desnudo á un lado del lecho, mientras con el otro oprime todavía, para que no se lo roben, el vestido de novia. Está soñando con las guerras, proezas y campañas de su amado; lo ve soberbio en el fragor de la pelea ó luchando cuerpo á cuerpo con monstruosos animales en los desiertos de Africa. ¡Qué hermoso es! ¡qué bizarro! ¡qué valiente! Pero la pobrecita, acobardada, le dice en sueños, con ternura inmensa: Deja que yo te quite la coraza. Todo eso hiciste para que yo te amara y ya te amo. No me dejes, ya no te voyas; tengo miedo! Y si te vas, llévame contigo!

Ninguna de las heroínas de Shakespeare es tan deliciosamente niña como Desdémona. Cuando Otelo refiere al Senado las artes que empleó para seducirla, nos la pinta escuchando con ávidos oídos lo que

él la contaba de caribes, de antropófagos, de seres que tienen la cabeza debajo del hombro, de los riesgos que él corrió por mar y tierra, de cavernas lóbregas, de montañas que llegan casi al cielo. Desdémona oía todo atentamente, y cuando los quehaceres de la casa la llamaban á otra parte, los despachaba aprisa y volvía al punto. Cuando se encuentran solos, ella, como un amante pide un beso, le ruega que le refiera «toda su vida por entero.» «Y si teneis—le dice—algún amigo que me quiera, enseñadle á que me cuente esa misma historia y seré suya.» ¿No veis? Está enamorada del cuento, está enamorada del héroe; no del hombre. «Ella me quiso—dice Otelo—por los peligros que yo había corrido, y yo la amé por la piedad que de mí tuvo.»

She loven me for the dangers I ad pass'd  
And I loved her that she did pity them.



Hay algo de filial en este amor.

Cuando Otelo la rechaza brutalmente, ella se reprocha á sí misma culpas que no conoce, que no ha cometido, con la sumisión de la buena hija que cree siempre justas las reprobaciones de su padre. Habla y su voz tiene deliciosos balbuceos infantiles. Y este es precisamente su mayor encanto. A Julieta se la besa en los labios; á Desdémona en los ojos. Cuando mucho se ama, parece que el corazón se vuelve niño. Un rayo de sol lo alegra; una palabra seca lo aflige. La voz de la mujer querida, en las supremas expansiones de ternura, es la voz del niño que despierta en su camita. *Mamá!* y *te amo* se parecen mucho.

¡Cómo se encoge el corazón de pena al ver á aquella criatura blanca é indefensa en las garras del milano! Los hijos de Eduardo abrazándose convulsos en su lecho al oír las pisadas de Gloster, inspiran menos compasión. Nos rebelamos contra Otelo; se busca el cuchillo de monte para lanzarse contra la fiera y clavárselo en la nuca; pero á poco, Otelo nos desarma; su dolor nos arranca la hoja aguda: fué brutal, pero irresponsable como la piedra que cae, como la ola que se encrespa, como el bosque que se incendia!

Pongamos en contraposición con la ideal belleza de Desdémona la fealdad torva de Iago. Desdémona, es blanca; Otelo, rojo; Iago, negro.

Acaso el drama más terrible de Shakespeare sea el *Otelo*. Aquella sombra parece hermana de la inmensa noche. Pero lo negro no está en la tez del africano; lo negro está en el alma de Iago.

Cuando suenan los pasos de Otelo, creemos oír las pisadas de un león. Cuando Iago se acerca per

cibimos el ruido de una culebra que se arrastra. Otelo es negro. Iago es amarillo. Otelo es brutal. Iago es demoníaco.

La progenie de Iago es de monstruos; en ella están Cain y Judas. Ni Caliban que personifica la perversidad en el teatro de Shakespeare, es más repugnante. Porque Caliban es como diablo y Iago es como hombre. Tiene todas las pasiones reprobadas, todas las pasiones patizambas, todas las pasiones contrahechas, todas las pasiones que se arrastran, que silban, que se esconden, que babea, que detestan la luz, que caminan torciéndose, que muerden: es envidioso, es cobarde, y para defender su cobardía y su envidia, las enconcha en la astucia.

Hay pasiones grandes; pasiones que agitan á las poderosas; pasiones que matan; pero como mata el león ó como mata el águila. Estas pasiones tienen garra; pero tienen también melena hermosa ó recias alas. Así son los celos, así es la ambición. Las de Iago, son vicios ó deformidades. Las otras inspiran miedo, y éstas asco.

Otelo es la fiera; pero la fiera noble, que no ataca sino acosada, azuzada, urgida. Iago es lo contrario de un domador. El acosa, azuza, punza á Otelo, lo encierra en la jaula, lo excita y provoca su rabia desde afuera, y cuando ya lo mira enfurecido, entreabre la puerta y le arroja á Desdémona para que la devore.

En esa fiera había azuzado antes todas las fieras de los celos. En esa naturaleza primitiva y fecunda, había sembrado todas las plantas venenosas. Y después ya es Otelo irresponsable, como el león herido que devora á su víctima, como la tierra que devuelve en árbol lo que en su simiente recibió. Por eso Otelo no inspira indignación, sino piedad.

¿Quién no compadece, quién no ama á Desdémona? Shakespeare es incomparable para crear inocencias sublimes y maldades gigantescas. Iago es más perfecto que Luzbel; Desdémona más hermosa que Eva. Su misma hermosura y su misma bondad la matan, como la propia luz consume al cirio. Porque es tan hermosa y porque es tan buena, la ama mucho su esposo, y porque la ama mucho la asesina. Es un tesoro... y por eso la entierran.

Ella es el tipo acabado de la mujer que ama. Por su amado, deja á su padre, y comete la ingratitude inevitable del amor. Nada la detiene y se va con él, como la esclava con su amo, si él la llama. ¿Que es feo? ¿Que es negro? ¿Y qué importa? ¡Es su dueño! Ella sabe que es hermoso. ¿Qué importa que no lo sepan los demás? ¡Mejor! Así sólo será de ella esa hermosura! La Cordelia del *Rey Lear*, es la hija por excelencia, esa hija que es como madre virgen de un anciano. Julieta es la enamorada. Desdémona es la esposa. En Ofelia llora la hija, habla la hermana, canta la niña. En Desdémona no: sólo habla la esposa. Dió su vida á Otelo: por eso no se queja cuando se la quita. La tenía prestada, era de él.

¡Qué admirable creación! Menos blanca que la de Ofelia, pero más de carne.

Perdonemos á Otelo que la mate, y nos parece que dice bien, cuando grita después de sofocarla: ¡Tuve razón! ¡Tuve razón!

Sí; tuvo razón! Para él le había robado ella todo su caudal de amor. ¿Y para qué? Para darlo á otro. Y la adúltera merece la muerte. Jesús perdonó á la Magdalena, á la cortesana, á la impura; pero no dijo que perdonaba á la mujer adúltera. Y eso que esa mujer no era la suya.

Otelo mata á Desdémona; pero no deja de amarla: ¡qué honda filosofía! Ya está muerta y todavía quiere besarla. Ya es cadáver y aún le parece muy hermosa. ¡Que no sepan ni las «castas estrellas» su delito! El fué justiciero: no será delator.

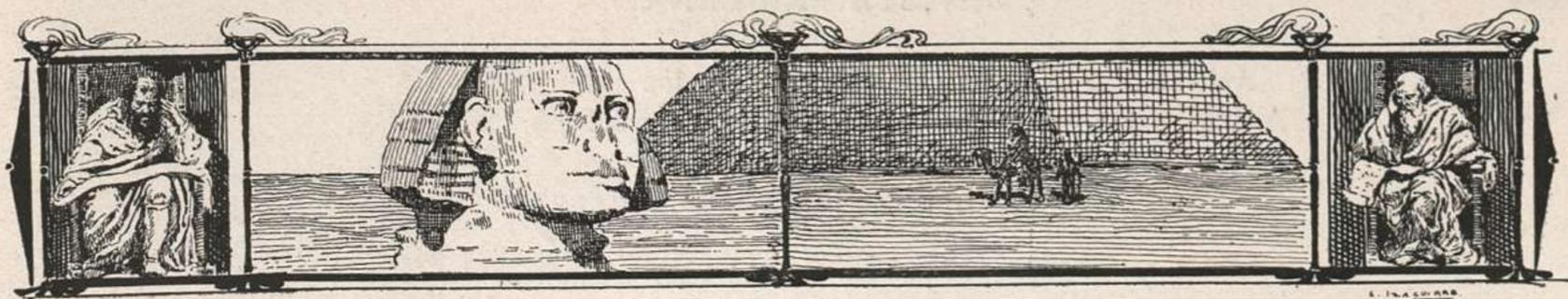
Cayó sobre esa vida, apagándola tan naturalmente, como cae la noche sobre el mundo.

Después: cuando sabe que es inocente su Desdémona, ¡qué explosión de dolor! El león entonces hincó las garras en su misma carne. Ruge como si le hubieran robado su cachorros... llora como el niño arrancado de los brazos de la madre. Es una criatura y una fiera.

No se ve criminal, no; se ve solo. No se castiga; no se mata; se va con ella.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.





## LA HERMANA AGUA.

Hermana Agua, alabemos al Señor.  
(Espíritu de San Francisco de Asís).

### Á QUIEN VA Á LEER.

Un hilo de agua que cae de una llave imperfecta; un hilo de agua, manso y diáfano, que gorjea toda la noche y todas las noches cerca de mi alcoba, que canta á mi soledad y en ella me acompaña; un hilo de agua: ¡qué cosa tan sencilla! Y, sin embargo, esas gotas incesantes y sonoras me han enseñado más que los libros.

El alma del Agua me ha hablado en la sombra, el alma santa del Agua, y yo la he oído con recogimiento y con amor. Lo que me ha dicho está escrito en páginas que pueden compendiarse así: *ser dócil, ser cristalino: ésta es la ley y los profetas*; y tales páginas han formado un poema.

Yo sé que quien lo sea sentirá el suave placer que yo he sentido al escucharlo de los labios de *Sor Aqua*, y éste será mi galardón en la prueba, hasta que mis huesos se regocijen en la gracia de Dios.

### EL AGUA QUE CORRE BAJO LA TIERRA.

Yo canto al Cielo porque mis linfas ignoradas  
Hacen que fructifiquen las savias; las llanadas,  
Los sotos y las lomas por mí tienen frescura.  
Nadie me mira, nadie; mas mi corriente obscura  
Se regocija luego que llega Primavera,  
Porque si dentro hay sombras, hay muchos tallos fuera.

Los gérmenes conocen mi beso cuando anidan  
Bajo la tierra, y luego que son flores me olvidan.  
Lejos de sus raíces las corolas felices  
No se acuerdan del agua que regó sus raíces . . . . .  
¡Qué importa! yo alabanzas digo á Dios con voz suave.  
La flor no sabe nada, ¡pero el Señor sí sabe!

Yo canto á Dios corriendo por mi ignoto sendero  
Dichosa de antemano; porque seré venero  
Ante la vara mágica de Moisés; porque un día  
Vendrán las caravanas hacia la linfa mía;  
Porque mis aguas dulces, mientras que la sed matan,  
El rostro beatífico del sediento retratan  
Sobre el fondo del cielo, que en los cristales yerra;  
Porque copiando el cielo lo traslado á la tierra,  
Y así el creyente triste que en él su dicha fragua,  
Bebe, al beberme, el cielo que palpita en mi agua,  
Y como en ese cielo brillan estrellas bellas,  
El hombre que me bebe comulga con estrellas.

Yo alabo al Señor bueno, porque con la infinita  
Pedrería que encuentro de fuegos policromos,  
Forjo en las misteriosas grutas la estalactita,  
Pórtico del alcázar de ensueño de los gnomos;  
Porque en ocultos senos de la caverna umbria  
Doy de beber al monstruo que tiene miedo al día,  
¡Qué importa que mi vida bajo la tierra acabe!  
Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe.

Así me dijo el Agua que discurre por los  
Antros, y yo:—Agua hermana, bendigamos á Dios.

EL AGUA QUE CORRE SOBRE LA TIERRA.

Yo alabo al cielo porque me brindó en sus amores  
Para mi fondo gemas, para mi margen flores;  
Porque cuando la roca me muerde y me maltrata,  
Hay en mi sangre (espuma) filigranas de plata;  
Porque cuando al abismo ruedo en un cataclismo,  
Adorno de arco-iris triunfales el abismo,  
Y el rocío que salta de mis espumas blancas  
Riega las florecitas que esmaltan las barrancas;  
Porque á través del cauce llevando mi caudal,  
Soy un camino que anda, como dijo Pascal;  
Porque en mi gran llanura donde la brisa vuela,  
Deslízanse los élitros nevados de la vela;  
Porque en mi azul espalda, que la quilla acuchilla,  
Mezco, aduermo y soporto la audacia de la quilla,  
Mientras que no conturba mis ondas el Dios fuerte,  
A fin de que originen catástrofes de muerte,  
Y la onda que arrulla sea onda que hierre. . . . .  
¡Quién sabe los designios de Dios que así lo quiere!

Yo alabo al cielo porque en mi vida errabunda  
Soy Niágara que truena, soy Nilo que fecunda,  
Maelstroom de remolino fatal, ó golfo amigo;  
Porque mar dí la vida, y diluvio el castigo.

Docilidad inmensa tengo para mi dueño:  
Él me dice «Anda,» y ando; «Despeñate,» y despeño  
Mis aguas en la sima de roca, que da espanto;  
Y canto cuando corro y al despeñarme canto,  
Y cantando mi linfa, tormentas ó iris fragua,  
Fiel al Señor. . . . .

—Loemos á Dios, hermana Agua.

LA NIEVE.

Yo soy la movediza perenne; nunca dura  
En mí una forma; pronto mi sér se trasfigura  
Y ya entre guijas de ónix cantando peregrino,  
Ya en témpanos helados, detengo mi camino,  
Ya vuelo por los aires trocándome en vapores,  
Ya soy iris en polvo de todos los colores  
Ó rocío que asciende, ó aguacero que llueve. . . . .  
Mas Dios también me ha dado la albura de la nieve,  
La albura de la nieve enigmática y fría  
Que cae de los cielos como una eucaristía,  
Que por los puntiagudos techos resbala leda  
Y que cuando la pisan cruje como la seda.

Cayendo silenciosa, de blanco al mundo arropo:  
Subí á la altura niebla, desciendo al suelo copo;  
Subí gris de los lagos que la quietud estanca,  
Y bajo blanca al mundo. . . . . ¡Oh, qué bello es ser blanca!

¿Por qué soy blanca? En premio del sacrificio mio,  
Porque tiritó para que nadie tenga frío,  
Porque mi lino todos los fríos almacena  
Y Dios me torna blanca por haber sido buena!  
¿Verdad que es llevadera la palma del martirio  
Así? Yo caigo como los pétalos de un lirio  
De lo alto, y no pudiendo cantar mi canción pura  
Con murmurios de linfa, la canto con blancura,

La nitidez es ruego, la albura es himno santo,  
 Ser blanca es orar; siendo yo, pues, blanca, oro y canto.  
 Ser luminosa es otro de los cantos mejores;  
 ¿No ves que las estrellas salmodian con fulgores?  
 Por eso el rey-poeta dijo en himno de amor:  
 «El firmamento narra la gloria del Señor.»

Sé tú como la Nieve que inmaculada llueve.

Y yo clamé:—Alabemos á Dios, hermana Nieve.

#### EL HIELO.

Para cubrir los peces del fondo, que agonizan  
 De frío, mis piadosas ondas se cristalizan,  
 Y yo, la inquietüela, cuyo perenne móvil  
 Es variar, enmudezco, me aduermo, quedo inmóvil.  
 ¡Ah! Tú no sabes cómo padezco nostalgia  
 De sol, bajo esa blanca sabana siempre fría!  
 Tú no sabes la angustia de la ola que inmola  
 Sus ritmos ondulantes de mujer, su sonrisa,  
 Al frío, y que se vuelve—mujer de Loth—banquisa:  
 Ser banquisa es ser como la estatua de la ola.

Tú ignoras esa angustia: mas yo no me rebelo,  
 Y ansiosa de que en todo mi Dios sea loado,  
 Desprendo radiaciones al bloque de mi hielo,  
 Y en vez de azul oleaje soy témpano azulado.

Mis crestas en las noches del polo son fanales,  
 Reflejo el rosa de las auroras boreales,  
 Las luces fugitivas del sol, y con deleite  
 De Seraphita, yergo mi cristalina roca  
 Por donde trepan lentos los morsos y la foca,  
 Seguidos de lapones hambrientos de su aceite.....  
 ¿Ya ves cómo se acata la voluntad del cielo?

Y yo recé:—Loemos á Dios, hermano Hielo.

#### EL GRANIZO.

¡Tin tin, tin tin! Yo caigo del cielo, en insensato  
 Redoble al campo y todos los céspedes maltrato.  
 ¡Tin tin! ¡muy buenas tardes, mi hermana la pradera!  
 Poeta, buenas tardes, ¡ábreme tu vidriera!  
 Soy diáfano y geométrico, tengo esmalte y blancura  
 Tan finos y suaves como una dentadura,  
 Y en un derroche de ópalos blancos me multiplico.  
 La linfa canta, el copo cruje, yo.... yo repico!  
 Tin tin, tin tin, mi torre es la nube ideal,  
 ¡Oye mis campanitas de límpido cristal!  
 La nieve es triste, el agua turbulenta, yo sin  
 Ventura, soy un loco de atar, tin tin, tin tin!

.... Censuras? No por cierto, no merezco censuras;  
 Las tardes calurosas por mí tienen frescuras,  
 Yo lucho con el hálito rabioso del verano  
 Y soy bello....

—Loemos á Dios, Granizo hermano.

#### EL VAPOR.

El Vapor es el alma del agua, hermano mío,  
 Así como sonrisa del agua es el rocío,  
 Y el lago sus miradas y su pensar la fuente,  
 Sus lágrimas la lluvia, su impaciencia el torrente,

Y los ríos sus brazos, su cuerpo la llanada  
Sin coto de los mares y las olas sus senos;  
Su frente las neveras de los montes serenos  
Y sus cabellos de oro líquido, la cascada.

Yo soy alma del agua, y el alma siempre sube:  
Las trasfiguraciones de esa alma son la nube,  
Su Tabor es la tarde real que la empurpura:  
Como el agua fué buena su Dios la trasfigura....  
Y ya es el albo copo que en el azul riela,  
Ya la zona de fuego que parece una estela,  
Ya el divino castillo de nácar, ya el plumaje  
De un pavo hecho de piedras preciosas, ya el encaje  
De un abanico inmenso, ya el cráter que fulgura....  
¡Como el agua fué buena, su Dios la trasfigura!

—¡Dios! Dios siempre en tus labios está como en un templo,  
Dios, siempre Dios.... ¡en cambio yo nunca le contemplo!  
¿Por qué si Dios existe no deja ver sus huellas,  
Por qué perennemente se esconde á nuestro anhelo,  
Por qué no se halla escrito su nombre con estrellas  
En medio del esmalte magnífico del cielo?

—Poeta, es que lo que buscas con la ensoberbecida  
Ciencia que exige pruebas y cifras al abismo....  
Asómate á las fuentes obscuras de tu vida,  
Y ahí verás su rostro: tu Dios está en tí mismo.  
Busca el silencio y ora: tu Dios execra el grito;  
Busca la sombra y oye: tu Dios habla en lo arcano;  
Depón tu gran penacho de orgullo y de delito....  
—Ya está.

—Qué ves ahora?

—La faz del infinito.

—¿Y eres feliz?

—Loemos á Dios, Vapor hermano.

#### LA BRUMA.

La Bruma es el ensueño del agua, que se esfuma  
En leve gris. ¡Tú ignoras la esencia de la Bruma!  
La Bruma es el ensueño del agua, y en su empeño  
De inmateralizarse lo vuelve todo ensueño.

A través de sus velos miríficos parece  
Como que la materia brutal se desvanece:  
La torre es un fantasma de vaguedad que pasma,  
Todo en su blonda envuelto, se convierte en fantasma,  
Y el mismo hombre que cruza por su zona quieta  
Se convierte en fantasma, es decir, en silueta.

La Bruma es el ensueño del agua, que se esfuma  
En leve gris. ¡Tú ignoras la esencia de la Bruma,  
De la Bruma que sueña con la aurora lejana!  
Y yo dije:—¡Ensalcemos á Dios, oh Bruma hermana!

#### LAS VOCES DEL AGUA.

—Mi gota busca entrañas de roca y las perfora.  
—En mí flota el aceite que en los santuarios vela.  
—Por mí raya el milagro de la locomotora  
La pauta de los rieles.—Yo pinto la acuarela.  
—Mi bruma y tus recuerdos son por extraño modo  
Gemelos; ¿no ves cómo lo divinizan todo?  
—Yo presto vibraciones de flautas prodigiosas  
A los vasos de vidrio.—Soy triaca y enfermera  
En las modernas clínicas.—Y yo, sobre las rosas,  
Turiferario santo del alba en primavera.

—Soy pródiga de fuerza motriz en mi caída.  
 —Yo escarcho los ramajes.—Yo en tiempos muy remotos  
 Dí un canto á las sirenas.—Yo, cuando estoy dormida,  
 Sueño sueños azules, y esos sueños son lotos.

—Poeta que por gracia del cielo nos conoces,  
 ¿No cantas con nosotras?

—Sí canto, hermanas Voces.

## EL AGUA MULTIFORME.

« El Agua toma siempre la forma de los vasos  
 Que la contienen, » dicen las ciencias que mis pasos  
 Atisban y pretenden analizarme en vano:  
 Yo soy la resignada por excelencia, hermano.  
 ¿No ves que á cada instante mi forma se aniquila?  
 Hoy soy torrente inquieto y ayer fui agua tranquila;  
 Hoy soy en vaso esférico redonda; ayer apenas  
 Me mostraba cilíndrica en las ánforas plenas,  
 Y así pitagorizo mi sér hora tras hora:  
 Hielo, corriente, niebla, vapor que el día dora,  
 Todo lo soy, y á todo me pliego en cuanto cabe;  
 ¡Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe!

¡Por qué tú te rebelas! ¡por qué tu ánimo agitas!  
 ¡Aymé! ¡Si comprendieras las dichas infinitas  
 De plegarse á los fines del Señor que nos rige!  
 ¿Qué quieres? ¿por qué sufres? ¿qué sueñas? ¿qué te affige?  
 ¡Imaginaciones que se extinguen en cuanto  
 Aparecen. . . . en cambio yo canto, canto, canto!  
 Canto, mientras tú penas, la voluntad ignota;  
 Canto cuando soy linfa; canto cuando soy gota,  
 Y al ir, Proteo extraño, de mi destino en pos,  
 Murmuro:— ¡Que se cumpla la santa ley de Dios!

¡Por qué tantos anhelos sin rumbo tu alma fragua!  
 ¿Pretendes ser dichoso? Pues bien, sé como el agua;  
 Sé como el agua, llena de oblación y heroísmo,  
 Sangre en el cáliz, gracia de Dios en el bautismo;  
 Sé como el agua, dócil á la ley infinita,  
 Que reza en las iglesias en donde está bendita,  
 Y en el estanque arrulla meciendo la piragua.  
 ¿Pretendes ser dichoso? Pues bien, sé como el agua;  
 Viste cantando el traje de que el Señor te viste,  
 Y no estés triste nunca, que es pecado estar triste.  
 Deja que en tí se cumplan los fines de la vida;  
 Sé declive, no roca; trasfórmate y anida  
 Donde al Señor le plazca, y al ir del fin en pos,  
 Murmura: ¡Que se cumpla la santa ley de Dios!  
 Lograrás, si lo hicieras así, magno tesoro  
 De bienes: si eres bruma, serás bruma de oro;  
 Si eres nube, la tarde te dará su arrebol;  
 Si eres fuente, en tu seno verás temblando al sol;  
 Tendrán filetes de ámbar tus ondas si laguna  
 Eres, y si océano, te plateará la luna.  
 Si eres torrente, espuma tendrás tornasolada,  
 Y una crencha de arco iris en flor si eres cascada.

Así me dijo el Agua con místico reproche,  
 Y yo, rendido al santo consejo de la Maga,  
 Sabiendo que es el Padre quien habla entre la noche,  
 Clamé con el Apóstol:— ¡Señor, qué quieres que haga!

AMADO NERVO.

Enero de 1901.



## TIPOS QUE SE VAN.

### EL BIBLIÓMANO.



O vi durante mucho tiempo husmeando por las alacenas de libros viejos, en los antiguos portales ó bajo el cobertizo del jardín del Seminario á la hora matinal en que los jardineros disparan el grueso chorro de las mangueras sobre las ahuacahuate y los laureles de la India, en los calurosos mediodías y aun al atardecer, cuando los estudiantes de las vecinas escuelas recorren los escaparates en busca de alguna obra de texto al alcance de su limitado peculio.

Tenia el individuo en cuestión la cara de un buen sujeto y al través de sus toscos anteojos su mirada azul y desleída brillaba con el vago reflejo de un alma inocente y adormecida. Un paltó marrón cubría invariablemente su busto encorvado de lector incansable y por sus bolsas asomaban siempre las pastas de pergamino ó marroquín de los raros volúmenes. Era un bibliófilo y lo demostraban sus miradas ansiosas que revisaban pacientemente los anaqueles, el ademán acariciador y sensual con que asía el libro que le parecía de mérito y la manera rítmica y parsimoniosa con que volteaba las hojas para ver al trasluz el exacto registro de las páginas.

Alguna vez lo seguí en las horas vespertinas al cafetín vecino al mercado de libros y punto de reunión de estudiantes famélicos y de empleados en huelga de oficina. . . . Ahí, después de sentarse, sacaba uno por uno los libros recientemente adquiridos, pasaba amorosas y satisfechas miradas por la elegante tipografía ó por los anchos márgenes, y si notaba una hoja grasienta ó demasiado amarilla ó llena de moho, sacaba de su bolsillo un pequeño estuche, aplicaba el ácido oxálico, el cloro ó el polvo mineral hasta que la página limpiada recobraba su antigua tersura ó su color original.

En cierta ocasión pude convencerme del fervor de su culta manía y de su rara erudición. Había entrado al café acompañado de otro individuo con quien durante cierto tiempo estuvo platicando en voz baja; pero de pronto su voz se elevó y sus vivos ademanes realzaron la viveza de su discurso:

—«Le digo á Ud. que ya no hay libros—decía á su interlocutor, que ante la verba torrencial del bibliómano osaba apenas aventurar uno que otro monosilabo,—le digo á Ud. que el aficionado no tiene que hacer ya! Yo sigo viniendo al mercado, por costumbre, porque me pesaría dejar pasar una casualidad, una *chance* imposible; pero es una quimera. . . . nada se encuentra!

Le parece á Ud. que vale la pena de molestarse este Kempis de 1700 ó estas Fábulas de Esopo; el cuero repujado del eucologio es un primor; los grabados de las Fábulas en *cremaillere* tienen mérito como simple xilografía; pero en esencia no son nada. . . . Ya no hay libros, amigo.

Desde las «Cadenas» y los «Portales», de unos veinte años á acá, no recuerdo haber comprado nada que valga la pena. Mi última adquisición sería fué un manuscrito del Barón de Humboldt con croquis á lápiz de flores tropicales. . . .

«Las Cadenas» sí valían la pena; ahí encontró el Padre Grajales aquel in 8º, un Virgilio de 1500 marcado con el ancla y el delfín de Aldo Manuncio! ¡Qué letras *aldinas*, amigo mío! El Padre compró ese libro en diez pesos y ahora dicen que está en los Estados Unidos en la biblioteca que fundó el millonario Astor. . . . ¡Calcule lo que los yanquis habrán pagado por él!

Y el bibliómano siguió hablando; deploraba los actuales tiempos y tenía entusiasmos extáticos al hablar del pasado. Disertó sobre los *incunables*, sobre los *speculum* y sobre los *donatos*, sobre las ediciones xilográficas y á propósito de las encuadernaciones suntuosas de Gascón, de Morris y de Grollier. Habló de las ediciones de la Cruz de Lorena, de los Libros de Horas y de los *Ars moriendi*, del *Catholicon* y de la *Biblia Mazarina*, de Venecia y de Maguncia, de Estiene y de Plantín!

Habló durante una hora con exuberancias y entusiasmos de fanático de los terciopelos cortados, de los viejos facistoles y de la pasta de cedro taraceado y guarnecido con plata sobredorada de un viejo antifonario de Catedral....

Por fin se agotó su verba, volvió del pasado y al encontrarse de nuevo en esta edad ingrata y estéril para el bibliófilo, tuvo un hondo suspiro y una patética expresión de profunda tristeza. Dejé de verlo largo tiempo y hoy acabo de saber que murió hace meses en la miseria más trágica....

Un alemán colega suyo en bibliofilismo, estuvo asechando su agonía y dándole algunas sumas de dinero que después se pagó con los mejores libros de la rara y valiosa colección.

Y quizás ese bibliófilo haya sido el último aficionado de corazón, el vástago postrero de una raza de eruditos y de oscuros artistas extinguida hoy entre nosotros....

México, 1901.

JOSÉ JUAN TABLADA.

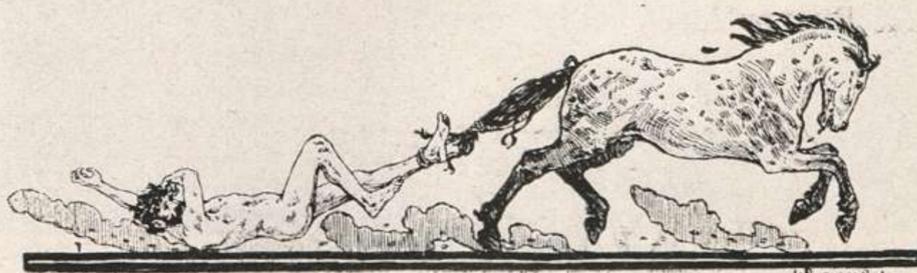
---

## VENUS PIA.

---

Si pues eres hermosa, y el encanto  
De tu helada blancura me recuerda  
La palidez lunar de las estatuas  
Y la adusta expresión de Citerea,  
Despoja de prestados atavíos  
Y velos importunos tu belleza,  
Y revive á mis ojos la tranquila  
Actitud de los mármoles de Grecia.  
Nada de cinturones en tu talle,  
Ni en tus brazos adornos de pulseras,  
Ni sortijas gemadas en tus dedos;  
Ni un hilo de diamantes en tu fresca  
Garganta, ni coturno que deforme  
Tu pie y señale el raso de tu pierna;  
Sin que sujete el haz de tus cabellos  
La dentadura cruel de tu peineta.  
Yo miraré á tus plantas, arrobado,  
El altivo perfil de tu cabeza,  
Tu frente de contornos impecables,  
Tu afilada nariz, tu frente estrecha,  
Y las combas turgentes de tus senos  
Y el gálibo triunfal de tus caderas.  
Contemplaré tus gracias sin que turbe  
Mi culto la malicia, sin que encienda  
Mi sangre la lujuria, y exultando  
Ante las perfecciones de tu excelsa  
Forma, sólo distinta de una estatua  
Por tus labios sangrientos, por tu trenza  
De azabache, y tus ojos sin la fría  
Expresión de Latona y de Minerva.

*Efren Rebollo*





L. IZAGUIRRE

## EMBRIAGAOS.



Es necesario estar siempre ebrio. Todo está en eso: es lo único. Para no sentir el horrible fardo del Tiempo, que quiebra vuestras espaldas y os inclina hacia la tierra, es necesario embriagarse sin tregua.

¿Pero de qué? De vino, de poesía, de virtud, á vuestro antojo. Pero embriagaos.

Y si algunas veces, sobre las gradas de un palacio, sobre la yerba verde de un foso, en la soledad lúgubre de vuestra habitación os despertais, ya disminuida ó desaparecida la embriaguez, preguntad al viento, á la ola, á la estrella, al pájaro, al reloj, á todo lo que huye, á todo lo que gime, á todo lo que rueda, á todo lo que canta, á todo lo que habla, preguntad qué hora es; y el viento, la ola, la estrella, el pájaro, el reloj, os responderán: Es la hora de embriagarse. Para no ser los esclavos martirizados del Tiempo, embriagaos, embriagaos sin descanso! De vino, de poesía ó de virtud, á vuestro antojo.

CHARLES BAUDELAIRE.

## FLOR DE OTOÑO.

Ven á escuchar mi cántiga oportuna  
bajo el palio triunfal de la glorieta,  
donde está deshojando tu poeta  
sus blancas ilusiones una á una.

Siento un largo vahido que se aduna  
con la agonía de la tarde quieta,  
ya baja el leñador de la meseta  
y se dibuja el peplo de la luna.

Qué bello, junto al lago adormecido,  
léjos del cieno y de la humana lidia,  
besar tus labios rojos, mi sultana;

Mientras tornan las aves á su nido  
y los cisnes contemplan con envidia  
tu elegante perfil de americana!

José LÓPEZ DE MATURANA.

Buenos Aires.

